

¿HAY ALGUIEN AQUÍ?



RAFA TAIBO

GUÍA PARANORMAL DE COLOMBIA

Con la colaboración de
Ayda Luz Valencia y Eduardo Escoto

**¿HAY ALGUIEN
AQUÍ?**

RAFA TAIBO

¿HAY ALGUIEN AQUÍ?

GUÍA PARANORMAL DE COLOMBIA

Con la colaboración de
Ayda Luz Valencia y Eduardo Escoto



¿Hay alguien aquí?

© 2020, Rafa Taibo Calenti
© 2020, Intermedio Editores S.A.S.
Primera edición, junio de 2020

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Edición, diseño y diagramación
Equipo editorial Intermedio Editores

Diseño de portada

Alexánder Cuéllar Burgos

Fotografía de portada

Alejandra Sandoval
@yoalejasandoval
Carolina Corredor
@carocorrefoto

Ilustraciones capítulos

Alejandro Osorio Garcés
@larionelrottweiler

Fotografías ilustraciones

Alejandra Sandoval
Carolina Corredor

Fotografías capítulos

RCN Televisión S.A.

Intermedio Editores S.A.S.
Avenida Calle 26 No. 68 B 70
www.eltiempo.com/intermedio
Bogotá, Colombia

ISBN:

978-958-757-931-4

Impresión y encuadernación
A B C D E F G H I J

Diseño epub:

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

Contenido

El principio

El Ferrol, Galicia, España

Hoy

El hospital del terror

Antiguo hospital de San Rafael, Facatativá

El hospital del terror

Lo que allí habita

Lo que debes saber

Armero

Ecos del apocalipsis

La mano invisible

Lo que allí habita

Lo que debes saber

Panópticus

El grito de los condenados. Ibagué

Se abren los portales

Lo que allí habita

Lo que debes saber

Una noche en el museo

Museo Naval del Caribe, Cartagena

Las sombras cobran vida

Lo que allí habita

Lo que debes saber

Hacienda Cuernavaca

La guarida de la bestia. Pacho

Lo que allí habita

Lo que debes saber

La ciudad de los muertos

Cementerio Central de Bogotá

Las criptas del terror

Brujería en el Cementerio Central de Bogotá

Lo que allí habita

Lo que debes saber

¿El final?

¿Hay alguien aquí?

Mis compañeros de aventuras

Glosario

[que es más que un glosario]

Notas al pie

El principio

EL FERROL, GALICIA, ESPAÑA

Julio de 1970

La enorme mansión de su abuelo era para él un auténtico parque de diversiones en el que agotaba cada día hasta su última gota de energía, algo casi impensable en un niño de diez años. Por algún motivo, disfrutaba especialmente la hora de ir a dormir, su habitación estaba en la última planta del caserón, nada más terminar la señorial escalera por cuya gruesa baranda se deslizaba cada mañana para atender la llamada al desayuno. Insistió e insistió hasta que convenció a mamá de que le permitiera dormir sólo en la última planta, en un lugar diferente a donde lo hacía el resto de la familia, en parte por la sensación de independencia que le otorgaba y en parte por la necesidad un tanto infantil de reafirmarse como el primogénito de la familia, el hermano mayor de Manen y Vicky. Pero también porque sentía una fascinación especial por el último piso y el largo corredor lleno de puertas a ambos lados que se abrían a pequeñas habitaciones abuhardilladas plagadas de objetos mágicos. Una contenía docenas de enormes maletas y baúles tan grandes que cabía dentro, por eso era de sus favoritas a la hora de jugar a las escondidas con Manen y Vicky; otra contenía viejos maniqués de extraño

aspecto y perchas de las que colgaban antiguos ropajes que parecían sacados de las novelas de Verne o Salgari que devoraba con avidez. Allí vivía con sus hermanas apasionantes aventuras disfrazándose de personajes que inventaban. Pero una habitación en especial llamaba su atención: era la más grande y la llamaban “el cuarto de la plancha”. Cuando la mansión vivía sus tiempos de esplendor, allí era donde las mujeres del servicio, esgrimiendo pesadas y humeantes planchas de carbón, alisaban con esmero el ajuar de finas sábanas de hilo egipcio. “El cuarto de la plancha” era la única habitación que, junto a la de su abuelo, tenía su baño propio y para Víctor eso representaba un enorme atractivo, ya que lo salvaba de recorrer los fríos y húmedos corredores cuando en la noche se despertaba con ganas de ir al baño.

Aquella noche, tras disfrutar de la cena en torno a la señorial mesa del comedor en la primera planta, con candelabros de plata y una ajada vajilla de Sargadelos que vivió tiempos mejores, todos se dispusieron a acostarse temprano: al día siguiente disfrutarían de una temprana excursión a Valdoviño, la playa favorita de la familia.

En el rellano de la segunda planta, Víctor dio las buenas noches al abuelo, papá, mamá, Manen y Vicky, que se repartieron hacia sus habitaciones, y enfiló el tramo final de las escaleras rumbo a la suya. Se detuvo un instante ante el reloj de péndulo que adornaba el último descansillo, le encantaba aquel armatoste y el sonido metálico de su oscilante péndulo de bronce (“clonk, pausa, clonk”) y con los escasos restos de energía que le quedaban, subió de dos en dos los últimos escalones hasta su habitación. Se puso rápidamente el pijama dejando su ropa hecha un bulto sobre el suelo, y se arropó hasta la barbilla. En segundos se sumergió en un profundo sueño.

La vejiga de Víctor lo despertó: tenía que orinar con urgencia. Medio dormido, se destapó apartando a un lado las pesadas mantas, buscó a tientas el interruptor de la lámpara de su mesilla de noche y se sentó en el borde de la cama, pero su mano no encontraba el maldito interruptor... Levantó la mirada y quedó congelado durante un latido que le pareció eterno: frente a él había una señora mirándolo.

Instintivamente, se cubrió de nuevo con las cobijas haciéndose un ovillo bajo ellas. Su corazón latía desbocado, y sus ojos desorbitados por la impresión, buscaban inútilmente una pizca de luz bajo las gruesas mantas. Esperó, crispado e inmóvil, a que en cualquier momento las cobijas le fueran arrancadas y desapareciera su mágica protección. Pero nada sucedió.

Víctor permaneció muy quieto, casi evitando respirar, durante lo que le parecieron horas, hasta que empezaron a trinar las primeras aves y la luz del alba comenzó a filtrarse a través de sus cobijas. Muy despacio, fue asomando la cabeza bajando las mantas que le cubrían y vio con alivio que ya no había nadie junto a su cama. Pegó un brinco y en segundos bajaba a toda velocidad las escaleras. Irrumpió en la habitación de sus padres y sacudió a mamá hasta que se despertó. Atropelladamente le contó lo que le había pasado. Mamá sonrió y le alborotó el cabello, se calzó sus zapatillas de felpa, se puso una bata y, tomando a Víctor de la mano, lo llevó hacia la biblioteca de la casona. Se dirigió a una de las vitrinas llenas de viejos libros y eligió un pesado tomo encuadernado en piel. Lo puso sobre la gran mesa de caoba y lo abrió: era un álbum de fotografías. Desde una foto en blanco y negro, la mujer que esa noche contemplaba dormir a Víctor, le devolvió la mirada.

A estas alturas, seguramente habrás deducido que Víctor era yo. Cambié legalmente mi nombre a Rafael un par de años después de este episodio, pero esa es otra historia.

Sí: mi primer episodio inexplicable lo viví con apenas diez años.

Esa mañana mi madre me explicó pausadamente que la mujer de la foto, la misma que yo había visto al lado de mi cama, era mi abuela Inés, mi abuela paterna, fallecida de cáncer antes de que yo cumpliera mi primer año de vida. Fue la primera conversación que mantuve sobre los misterios que nos rodean y hoy, muchos años después, aún agradezco a mi madre la atinada forma en que me abrió la puerta al misterio, presentándolo ante mí como algo natural y a lo que no hay que temer, y haciéndome llegar por mí mismo a la conclusión de que, fuera del susto que me dio, no existía amenaza alguna en la presencia fantasmal de mi abuela mirándome dormir: había amor.

Hasta aquel día, yo era un niño sin miedos y, gracias a mi madre, continué siéndolo. Sin embargo, se despertó en mí un sano interés por lo desconocido, interés que fue yendo y viniendo a lo largo de mi existencia sin alcanzar jamás a imaginar que llegaría un día en el que crearía un programa de investigación paranormal que me brindaría la oportunidad de vivir increíbles aventuras en lugares mágicos, en busca de respuestas a las preguntas que me acompañan desde aquella noche de julio en la mansión de mi abuelo.

Hoy

Esta es una guía que se sale de lo normal en el sentido de que no está basada en recopilar las experiencias de otros con objeto de ilustrar al lector, sino que relata mis vivencias personales enfrentando lo desconocido en aquellos lugares de Colombia que están envueltos en algún tipo de misterio. El Canal RCN me permitió iniciar este camino soñado por cualquiera al que interese tratar de encontrar explicación a lo inexplicable, al aprobar mi proyecto de realizar un programa dedicado a la investigación paranormal. Tras casi cinco años de investigaciones y cuatro temporadas al aire -si incluimos la que llamo "temporada cero"-, puedo decir que he vivido incontables fenómenos a los que no he logrado dar una explicación racional. A través de estas páginas quiero contártelos y ofrecerte la oportunidad de que tú mismo los vivas, ya que muchos de los lugares que conocerás con esta guía pueden ser visitados. Además, conocerás los dispositivos de comunicación extrasensorial orgánicos y electrónicos que han pasado por mis manos, los métodos de investigación que he desarrollado como las "trampas de sal" o el escalofriante reto de "la hora muerta", te presentaré a los expertos de diferentes disciplinas que he conocido, las experiencias de nuestros invitados, las de mi círculo más cercano de colaboradores y lo mejor: podrás revivir a mi lado cada aventura visitando con los vínculos que encontrarás en cada capítulo la web del Canal RCN o su página de YouTube, con los episodios emitidos de cada uno de los lugares que te describo.

En esta guía, al abrir conmigo las puertas de cada lugar que incluye, encontrarás en primera instancia el relato de mi experiencia. A continuación, y bajo el título "Lo que allí habita", un sucinto pero vital comentario de Ayda Luz Valencia sobre el lugar en cuestión desde la perspectiva de

alguien que posee diversos dones místicos, entre los que destaca la clarividencia y, por último “Lo que debes saber”: las claves de la historia, antecedentes paranormales, bibliografía y datos útiles para el visitante, gracias a la colaboración de Eduardo Escoto, investigador paranormal.

Además, al final encontrarás un glosario en el que explico puntualmente toda referencia a objetos, fenómenos o personas que considero merecen una aclaración especial.

Los lugares que vas a conocer no siguen el orden cronológico de mis investigaciones, pero si te fijas, encierran un esquema que trasciende al yugo del tiempo tal como lo concebimos en el *momentum* que atravesamos como especie... espero lo detectes.

No quiero entretenerte más. Pasa la página y cruza conmigo el portal a lo desconocido, pero recuerda: una vez des el paso, no hay forma de saber lo que te espera al otro lado.

El hospital del terror

Antiguo hospital de San Rafael, Facatativá





Facatativá es una activa localidad cercana a Bogotá. Cuando entras desde Bogotá por la carretera principal en dirección al pueblo, justo antes del centro urbano, a tu derecha podrás ver un enorme edificio de arquitectura republicana y hermoso aspecto, es el antiguo hospital de San Rafael. Inaugurado a principios de 1900, llevaba ya unos diez años abandonado, cuando tuve la oportunidad de conocerlo. A su espalda se erige un moderno hospital: el que lo jubiló; y ahora, en los desiertos corredores, dormitorios y quirófanos, se acumulan enseres obsoletos, archivos olvidados y viejos dispositivos que algún día fueron los más avanzados de la época y hoy sólo sirven para que las arañas tejan sus filigranas de seda pegajosa. Muchos de los habitantes del pueblo cambian de andén si tienen que pasar por allí, sobre todo en horas de la noche, para evitar escuchar los lamentos que, aseguran, salen del viejo hospital, o ver las extrañas siluetas con forma humana que se recortan en sus ventanas.

Por aquel entonces, el programa de televisión Ellos Están Aquí daba sus primeros pasos, apenas era una sección de diez o doce minutos dentro del programa “Cuatro Caminos” que emitía RCN Televisión. De hecho, esta fue nuestra segunda investigación de la que conocemos como *temporada cero*, algún día hablaremos de la primera investigación, pero esa es otra historia. También, en esta investigación conocí por vez primera a Ayda Luz Valencia, no podía imaginar entonces las aventuras que compartiríamos y la profunda huella que este ser de luz dejaría en mi vida.

Puedes imaginar con cuanta emoción enfrentaba este primer reto. Tras el éxito en pantalla de la primera investigación, “Los fantasmas de Nuestra Tele” -que hicimos prácticamente con las uñas-, esta vez contaba con un presupuesto modesto pero que me permitía disponer de mejores recursos técnicos.

Por supuesto, invité a Xavier Piñeros y Edwin Robles, que me habían acompañado semanas atrás en la primera investigación. Xavier es médium y clarividente y, sin lugar a dudas, es dueño de una sensibilidad especial que estoy convencido le permite ver cosas que a los demás nos pasan desapercibidas. Edwin me pareció un auténtico apasionado por lo desconocido y un estudioso de todos los aspectos de lo paranormal. Ambos colaboran con programas de investigación o debate en diversos medios y, sin lugar a dudas, forman parte de la pequeña élite de personas con renombre en el universo mediático del esoterismo y sus artes; puedes encontrarlos en diversas redes sociales y juzgar por ti mismo.

Dada mi inexperiencia en estas lides, opté por depositar en ellos mi confianza y observar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Debo reconocer que siempre he guardado un prudente escepticismo en relación a los expertos que me acompañan. Al fin y al cabo en esto no existen verdades absolutas y todo parte de la especulación. Ya desde entonces, mi propósito fundamental cobraba fuerza en mi interior: rodearme de expertos de todas las disciplinas posibles y experimentar con ellos, tratando de obtener una prueba irrefutable de la existencia o no de un más allá. Continúo: Camilo Romero es una pieza clave en mis investigaciones pasadas y futuras, mi hombre en la sombra, el que organiza, convoca y pulsa las teclas para que nuestros proyectos se conviertan en una realidad. Y

también Ayda y su equipo: David y Mónica. Esa fue la noche en que los conocí. De quien no te he hablado es de Lina Pulido, una periodista arrojada y luchadora, guapa y frentera, que invité para que me acompañara en este bautismo de fuego: quería una mente clara y poco sugestionable a mi lado... Sin saber que, a ella como a mí, los acontecimientos nos superarían, dejándonos boquiabiertos, por no decir aterrados.

Bienvenidos a la noche que significó para mí el inicio de una búsqueda apasionante, bienvenidos a:

EL HOSPITAL DEL TERROR

Heryka Solano fue mi productora. Con su característica energía y profesionalidad, organizó, cerró acuerdos, armó el equipo técnico, instaló la base, dejó todo listo y a las diez de la noche se fue a su casa: “Rafa, hago esto porque te quiero. Te acompaño hasta que arranques tu investigación y ahí me vuelo”. Entiendo que hay personas que, por diferentes motivos, no quieren que algunas facetas de lo inexplicable rocen sus vidas y lo respeto.

Gracias Heryka, de corazón.

La base quedó establecida en la amplia capilla del edificio, en la segunda planta. Y, sobre las diez de la noche arrancamos la investigación. En esta ocasión te voy a narrar en orden cronológico los acontecimientos más relevantes que se desarrollaron, para que sientas el ritmo creciente de la acción y, si tienes la oportunidad de visitar el viejo hospital, te fijas especialmente en aquellos lugares que te describo, en los que *lo inexplicable* tomó el control de la situación.

Carne podrida

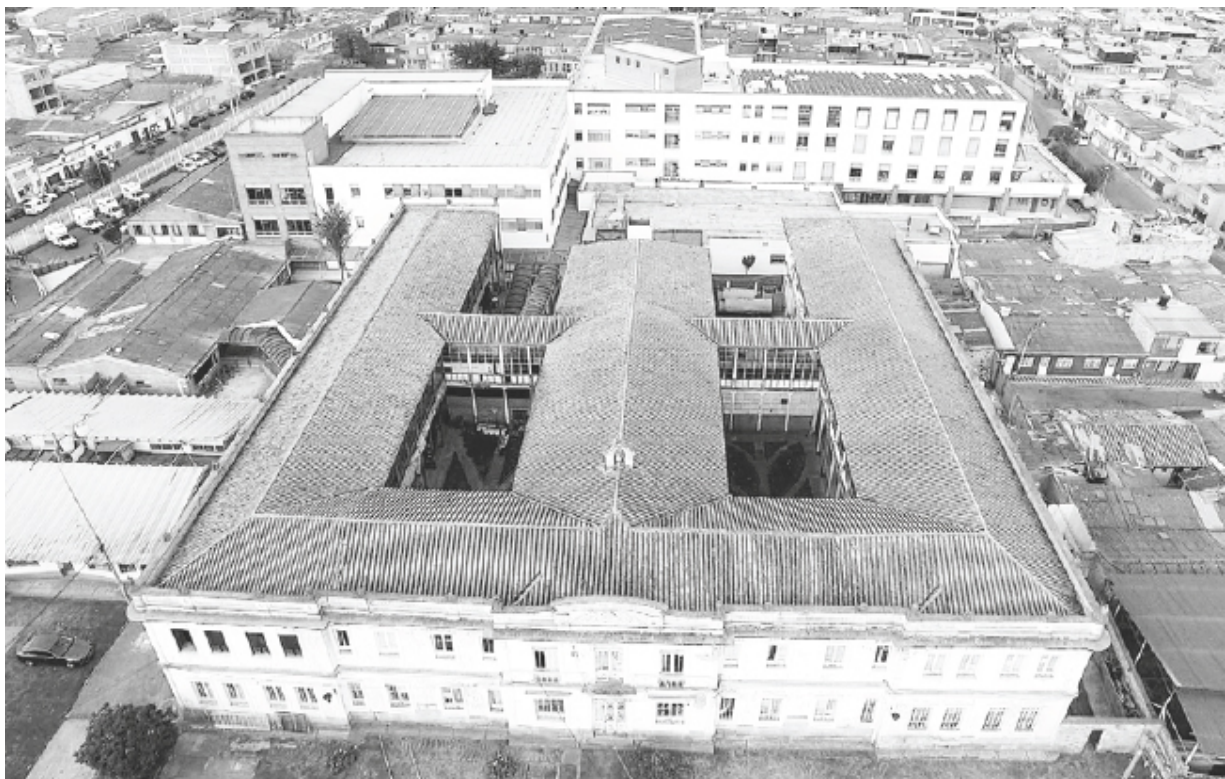
Como siempre al caer la noche, el ambiente en el viejo hospital se transformó. Pasó de interesante a sobrecogedor. Sin embargo, en la base reinaba un ambiente eléctrico mientras discutíamos cómo organizar la investigación. De pronto, un olor fétido inundó la capilla. Literalmente nauseabundo, era un penetrante olor a carne podrida que comenzó a crecer de la nada. Podía tratarse del cadáver en descomposición de un gato o una paloma, habitantes naturales de los lugares abandonados, pero no provenía de un lugar específico: nos envolvía. Edwin inmediatamente achacó el suceso a un fenómeno conocido como *osmogénesis**, consistente en aromas que salen de la nada, agradables o desagradables, y que tienen un origen espectral.

A los pocos minutos, tal como apareció, el olor se disipó. Con el tiempo, aprendería a reconocer casi de forma automática este tipo de señales y muchas, muchísimas cosas más, que espero tú también aprendas acompañándome desde estas páginas.

Decidimos hacer un primer recorrido en grupo. Al salir de la base en la capilla, descubrimos unas curiosas huellas de manos infantiles impresas en la pared que antes nos habían pasado desapercibidas. Los expertos las analizaron superficialmente, sin darles mayor importancia y sin sospechar que más tarde, otras huellas similares nos dejarían perplejos.

Un par de días después de esta noche, Camilo regresó a Facatativá para recabar testimonios de los lugareños sobre el viejo hospital y todos nos sorprendimos al escuchar el testimonio de un antiguo empleado: esas huellas

aparecieron de un día para otro cuando el hospital se clausuró.



Plano general del antiguo hospital de San Rafael, con el nuevo al fondo.
Foto cortesía Canal RCN



Huellas misteriosas en la pared del hospital.

Foto cortesía RCN.

El personal de aseo las limpió varias veces, pero volvieron a aparecer una y otra vez... hasta que decidieron dejarlas donde estaban.

Al arrancar el recorrido inicial, vi por vez primera a Ayda esgrimir las *varas de radiestesia**, un dispositivo orgánico basado en las técnicas utilizadas ancestralmente por los zahories, que permite detectar la presencia de energías, determinar si son positivas o negativas e incluso comunicarse con ellas.

También en esta ocasión, estrené las que entre nosotros llamamos *trampas cazafantasmas**, y que con el tiempo iríamos perfeccionando: en dos lugares diferentes colocamos varios objetos con una cámara grabandolos ininterrumpidamente, con la intención de “tentar” a las energías a tocarlo y ojalá moverlos. En una habitación de la

planta superior distribuimos ante la cámara varias cartas de baraja y un tablero de ajedrez. En otra habitación de la planta baja, algunos muñecos, una guitarra, y diversos juguetes. Al revisar posteriormente en edición lo grabado, comprobamos que en esta ocasión las trampas no funcionaron. Sin embargo, la cámara que grababa la segunda trampa registró el escalofriante sonido del llanto de un niño. Aunque si extremamos nuestro nivel de escepticismo, la verdad es que podría haber sido un gato... con un maullido muy humano, pero podría haber sido. De tratarse de un sonido del más allá, esta sería una de las primeras *psicofonías** que logramos registrar, ya que de haber sido un gato seguramente lo hubiésemos escuchado *in situ*, sin necesidad de revisar la grabación, dado el volumen del llanto o maullido. Lo cierto es que en edición nos estremecemos y felicitamos por el hito conseguido, sin saber que, con el paso del tiempo, increíbles psicofonías nos acompañarían con una frecuencia inimaginable en nuestras futuras investigaciones, llegaríamos a grabar auténticas conversaciones entre espectros y batiríamos un récord con la psicofonía más larga y clara de la historia, que registraríamos en el Museo Naval de Cartagena, pero a eso llegaremos más adelante. Este primer hallazgo que tanto nos emocionó pasaría a la lista de los olvidables o dudosos. Pero fue el primero.

Por el recinto del viejo hospital distribuimos, además, diversos montículos de sal a modo de trampa en la que las energías pudieran dejar su huella.

Tras un primer recorrido superficial midiendo energías, reconociendo el lugar y ubicando cámaras y trampas, decidimos dividirnos en dos. Lina, Edwin y Xavier recorrerían la segunda planta y yo, con el equipo de Ayda, la primera.

Los niños

No voy a negar que observaba a Ayda con cierta reserva. No podía quitar ojo a esa mujer jovial y exuberante, rebosante de energía, pero al tiempo rodeada por un aura de firmeza y dignidad, con pelo de colores y acompañada por dos asistentes tímidos y callados, que daban la inquietante sensación de saber algo que uno ignoraba. Sin embargo, mi confianza en ella se sembró esa noche e iría creciendo a medida que vivimos juntos más y más experiencias, mutando de un sano escepticismo a una sólida fe en su singularidad, cimentada en los sorprendentes acontecimientos que viviría de su mano año tras año.

La noche avanza. Recorro con Ayda y su equipo la planta baja del hospital abandonado. Las sombras se ciernen sobre nosotros mientras atravesamos estancias y corredores. Empiezo a conocer al que llegará a convertirse en un íntimo amigo: el miedo.

De pronto, dejamos el pasillo principal de la planta baja y desembocamos en lo que parecía un ala aparte: una sucesión de estancias de tamaño medio se extendía ante nosotros. Caminamos entre un ordenado desorden por un estrecho sendero entre muebles apilados hasta el techo. De pronto, Ayda se para en seco: con la mayor tranquilidad empieza a hablar de niños que corrían a nuestro alrededor. Se concentra, sonrío, interpreto que ellos también la ven y no quiere asustarlos.

-Son muchos -me dice, sonriente.

Tras uno de los muebles que reposa sobre otro que a su vez descansa sobre otro, veo la esquina de un cartel en la pared. Corro el mueble que lo tapa. La sangre se hiela en mis venas cuando leo lo que está escrito en él: Orfanato.

Vuelvo a la realidad cuando Ayda dice que uno de los niños trata de hablarle.

-Se le traba la lengua -dice sin dejar de sonreír-. Uno está abrazando mi pierna. También me habla, pero como con "legua de trapo".

Mientras según Ayda los niños corretean a su alrededor, muevo una puerta. Tras ella aparece otro cartel que reza: Terapia de Lenguaje. Otro escalofrío me recorre. Ayda, como yo antes de descubrir los carteles, no tenía la menor idea de a qué se encomendaban esas estancias.

De pronto, Ayda deja de sonreír. Ahora con tristeza nos dice que ve a un niño postrado en una cama, parece en coma, la mira sin verla. Ayda lo describe: es de color, unos doce años, tiene casi toda la cabeza vendada... La muerte está a su lado.

Un par de días más tarde, cuando Camilo volvió a Facatativá para recabar testimonios, el mismo antiguo empleado del hospital le contó que uno de los acontecimientos más traumáticos que recuerda fue la llegada de los heridos en un accidente de bus. Un niño de color, de unos doce años, llegó con el tubo del pasamanos incrustado en la cabeza. Nunca recobró la conciencia y a los pocos días murió.

"Silencio, por favor"

Mientras tanto desde la base, algunos responsables del hospital ven desde dos computadores lo que transmiten los celulares que ambos grupos llevamos en el pecho.

Lina con Xavier y Edwin recorren la planta superior, en la base todos dan un respingo: al pasar cerca de una puerta, se ve claramente como ésta se abre sola. Lina no se ha dado cuenta.